

Mis memorias y aventuras con el Patrimonio Mundial

Isabel Rigol Savio

ICOMOS CUBA



Mi primer contacto con el Patrimonio Mundial tuvo lugar en 1981. Yo había sido recientemente designada como directora del Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM),¹ con sede provisional en el histórico Castillo de la Real Fuerza de La Habana. Se trataba para mí de un reto enorme. Así fue que, entre mis primeras tareas, tuve el inmenso privilegio de apoyar al arquitecto Enrique Capablanca cuando preparaba el expediente de nominación de La Habana Vieja para su inscripción en la *Lista del Patrimonio Mundial*, bajo la orientación de la Dra. Marta Arjona, entonces directora de Patrimonio del Ministerio de Cultura de Cuba.² Ahon-

dar en los méritos de dicha zona, de la mano de un erudito como Capablanca, representó un formidable aprendizaje. Y por si esto hubiera sido poco, participé en el grupo que acompañó al Sr. Michel Parent (entonces presidente de ICOMOS), encargado de evaluar aquella nominación. Aún recuerdo con emoción la declaratoria oficial en 1982 por el director general de la UNESCO, Sr. Amadou Mahtar M' Bow, mediante un precioso acto público en la Plaza de la Catedral habanera.

La Declaratoria de La Habana Vieja como Patrimonio Mundial se fundamentaba en su valor universal excepcional, así como en la integridad y autenticidad. Pero fueron determinantes también el basamento legal existente, así como los planes y las obras que se efectuaban entonces. Un tra-

¹ Esta institución subordinada al Ministerio de Cultura se creaba como Proyecto UNESCO-PNUD Cuba 81-017 para regir el desarrollo científico-técnico de la conservación del patrimonio cultural cubano y contribuir al de la región.

² La Dra. Marta Arjona fue la gestora principal de aquella propuesta y de las sucesivas inscripciones

cubanas en la *Lista del Patrimonio Mundial*. La Habana fue, junto a Olinda, la cuarta ciudad latinoamericana incluida en la prestigiosa Lista, por detrás de Quito (1978), Antigua (1979) y Ouro Preto (1980).

bajo muy convincente fue la formulación de *Lineamientos para el Desarrollo de La Habana Vieja*, que por vez primera enfocaba el núcleo histórico como un conjunto. Este profundo estudio auspiciado por la Dra. Arjona desde la Dirección de Museos y Monumentos estuvo dirigido por el arquitecto Capablanca, con la participación de Nelson Melero y Carlos Dunn.³ Desde la creación del CENCREM en 1981, los mencionados especialistas continuarían desarrollando la propuesta en esta institución.⁴

Un ejemplo decisivo fue la rehabilitación y reanimación de la Calle Obispo, arteria vital del núcleo histórico que mediante la conservación y nuevos usos de sus edificaciones, recuperó su carácter de foco activo para los habitantes de la ciudad y sus visitantes. Era una obra de los jóvenes arquitectos Agustín Rivero, Lilia Sarmiento, Juana Paz Gutiérrez y Oscar Jaime Rodríguez, que trabajaban bajo la dirección de Eusebio Leal, historiador de la localidad. Fue ésta una verdadera demostración de lo que se podía lograr y un prometedor augurio de la feliz cadena restauradora que lograría Leal a partir de entonces.

Al mismo tiempo, M' Bow lanzaba la Campaña Internacional para la salvaguardia de la Plaza Vieja, lo cual constituiría otro hito fundamental en la decisión de la UNESCO. Tuve la fortuna de asesorar los novedosos proyectos para la plaza que realizaban los arquitectos Capablanca, Carlos Dan, Nel-

³ El fundamento de este estudio fue la tesis de diploma de los arquitectos Capablanca, Melero y Dunn en la Escuela de Arquitectura en 1977, tutorada por el reconocido arquitecto restaurador Daniel Taboada y asesorada por los experimentados arquitectos Mario González y Rita Yebra, de la Dirección Provincial de Planificación Física.

⁴ El extenso estudio con su completa documentación gráfica sería años más adelante el basamento principal del Plan Maestro de la Oficina del Historiador.

son Melero, Fernando Rodríguez, Daniel Taboada y, más tarde, Felicia Chabelón y Patricia Rodríguez. El énfasis de aquel plan pionero, además de conservar las antiguas mansiones, era adaptar muchas de ellas a viviendas que aliviaran el déficit habitacional en el núcleo histórico.

Experiencias trascendentales de aquella época fueron las visitas del Dr. Federico Mayor Zaragoza a la Plaza Vieja y al antiguo Convento de Santa Clara, que se restauraba bajo la experimentada dirección técnica del arquitecto Daniel Taboada para sede del CENCREM. En el monasterio más añejo de La Habana recibimos también a muchas personalidades más, como el escritor Gabriel García Márquez.

En 1999 tuve el gusto de acompañar al Dr. Henry Cleere, de ICOMOS, que vino a evaluar el Valle de Viñales.⁵ En ese proceso, por solicitud de la Dra. Marta Arjona, yo había presidido un equipo técnico multidisciplinario que fundamentó la condición del valle como Paisaje Cultural.

Tareas muy gratificantes de esos tiempos fueron las de apoyar las nominaciones de otros bienes culturales del país. Por ejemplo, al expediente de las Primeras Plantaciones de Café del Sudeste Cubano que elaboraba en 1999 el arquitecto Omar López, conservador de Santiago de Cuba. O la nominación del Centro Histórico Urbano Cienfuegos que proponía el arquitecto Irán Millán, conservador de Cienfuegos, en 2005. Recuerdo con emoción cuando en la Sesión del Comité del Patrimonio Mundial en Durban, África del Sur, junto con el arquitecto Nilson Acosta, vicepresidente del Consejo Nacional de Patrimonio, pude

⁵ Viñales fue el primer paisaje cultural de América Latina y el Caribe inscrito en la Lista.

presenciar el anuncio de la Declaratoria de Cienfuegos.

Otra de mis mejores experiencias fue en 2003 el Primer Informe Periódico de Patrimonio Mundial en América Latina, para lo cual fui designada representante del ICCROM. Bajo la égida de Herman van Hooff, entonces representante de UNESCO en Mercosur en la capital uruguaya, se efectuaron enjundiosas reuniones en Montevideo, Cartagena de Indias, Campeche y Haití. Trabajamos mucho pero también disfrutamos extraordinariamente hacerlo bajo la sabia dirección de Van Hooff y la grata compañía de Elías Mújica de Perú, Patricia Green de Jamaica, Alfredo Conti de Argentina, Carolina Castellanos de México, Paulo de Azevedo de Brasil, Grazia Piras de Italia y Nick Schultze de Alemania.

A ICOMOS le agradeceré siempre la oportunidad de enviarme con frecuencia a realizar evaluaciones de expedientes de nominación, como la del impresionante Hospicio Cabañas de Guadalajara, los centros históricos de Tlacotalpan, Campeche y San Miguel de Allende. Particularmente interesante fue en 2002 la evaluación de las Misiones Franciscanas (Concá, Jalpan, Tancoyol, Landa y Tilaco) del siglo XVIII en la Sierra Gorda, y admirar una perfecta simbiosis entre el barroco y lo indígena. Tal pareciera que yo estuve predestinada a profundizar en el patrimonio de México. Gracias a esas misiones pude disfrutar de la impresionante riqueza y la diversidad patrimonial del país que, por viejas razones familiares, es para mí entrañable. Gran número de hermosos lugares mexicanos y sus gentes quedaron para siempre en mi memoria. ¿Cómo no recordar la magia de un paseo al atardecer navegando en un botecito por el río Papaloapan en Tlacotalpan? O la constante sorpresa de caminar por esa ciudad y descubrir, de pronto, que detrás de una

apretada hilera de coloridas casas, a continuación de un patio con enredaderas, corría el río que no se percibe desde la vía. Allí el color es una constante. Las casas se pintan de rosa, lila, amarillo, una sinfonía de colores, durante las fiestas de la Virgen de la Candelaria. Se disfruta la persistente relación entre la ciudad y su río. En Campeche, en 1999, comprendí la importancia de que el centro histórico persistiera en su condición de foco central y de que las viejas familias hubieran permanecido durante generaciones, disfrutaran vivir allí y mantuvieran la formidable herencia de su arquitectura, mobiliario, música, gastronomía, vestidos y fiestas.

San Miguel de Allende, en 2007, fue una verdadera fiesta. Sus calles, plazas, parques y edificios que transitan de lo vernáculo a lo majestuoso, me cautivaron. Aparte de los valores de la ciudad y el buen trabajo de conservación de entonces, pude apreciar magníficos ejemplos de nuevos usos asignados a edificios antiguos. Por ejemplo, la casa de la Calle Aldama, propiedad de un norteamericano y su esposa restauradora, ambos mayores, que aprovecharon una edificación medio derruida y la rehabilitaron. Lo sorprendente fue conocer que había sido obra de Ricardo Legorreta, el famoso arquitecto mexicano conocido por sus obras muy contemporáneas con abundancia de hormigón, vidrios, metales. Me fascinaron el uso del color (terracotas, sienas, amarillos), la comunicación con el paisaje al fondo y las vistas hacia la ciudad. La fachada hacia la calle empedrada era muy austera y mantuvo en gran medida sus características originales. Solo una pequeña ventana cerrada con vidrio azulado llamaba discretamente la atención. Dicha ventana en el interior pertenece a la caja de escaleras y con la luz se perciben en ella estrellas sobre el fondo azul del vidrio. ¿Qué sorpresa conocer que el arquitecto se

propuso así evocar el manto de la Virgen de la Guadalupe!

En San Miguel pregunté a don Jesús Correa, entusiasta alcalde que promovía la nominación, cómo pensaba que continuaría la conservación de la ciudad después que él terminara su mandato. Me contestó muy convencido que la participación de la comunidad lo garantizaba.⁶ Se trataba de un caso muy interesante de intervención comunitaria. Lamentablemente los mismos son escasos en la región. Desconozco si esto se ha mantenido. Ojalá sea de este modo porque sería un ejemplo a seguir. ¿Qué decir del Santuario de Jesús Nazareno de Atotonilco, parte de la misma Declaratoria, con sus impresionantes pinturas murales?

Una de esas actividades que no ocurren todos los días tuvo lugar en 1994 cuando fui invitada a una insólita expedición organizada por el INAH de México y la UNESCO. El objetivo era identificar paisajes culturales del país que pudieran considerarse para su inscripción en la *Lista del Patrimonio Mundial*. Éramos 12 personas, nueve mexicanos y tres extranjeros. Compartí esos hermosos días con los expertos Carlo Cesari de Italia y Leon Preyssoire de Francia. Entre los mexicanos, los arquitectos Salvador Aceves (mi amigo de tantos años), Manuel Rodríguez Viqueira y Salvador Díaz Berrio. No recuerdo en toda mi vida haberme transportado en tan poco tiempo en tan disímiles medios: aviones, avionetas, lanchas o botes, ómnibus y autos. Durante la expedición recorrimos las zonas y haciendas tequileras. Ya se pensaba en la nominación y posterior inclusión del “Paisaje agavero y las antiguas instalaciones indus-

⁶ En San Miguel reside una próspera comunidad de extranjeros que contribuye a la conservación de la ciudad.

triales de Tequila” que se inscribirían en 2006. Aquellas vistas de enormes agaves y la extracción del aguamiel me indujeron la visión de ciertas imágenes inmortalizadas por el cine mexicano.

Asimismo, navegamos el Lago de Pátzcuaro con sus peculiares islas de Janitzio y Pacanda. Y recorrimos además los pequeños y fascinantes pueblos de la cuenca lacustre como Tzinzunzan, Eronguarícuaro o Santa Fe de la Laguna. Aún me sorprende al recordar cómo en un pueblito alejado del mundo como Santa Fe de la Laguna (pueblo-hospital en el Lago de Pátzcuaro fundado por Vasco de Quiroga en 1542), los humildes habitantes son bilingües porque hablan purépecha y castellano. ¡Eso sí que es cultura!

Pero lo que más excitó mi imaginación (me quedé con ganas de escribirlo) fue la diminuta isla de Mexcaltitán, atravesada por dos canales en forma de cruz en medio de una laguna. Allí llegamos desde un embarcadero en Tepic, estado de Nayarit, y navegamos por esteros, entre manglares. Se dice que de este sitio, un tanto misterioso, partió la peregrinación para fundar la gran Tenochtitlan. La visión de esa rarísima islita perdida en las aguas me marcó para toda la vida. Hasta donde conozco, Mexcaltitán no figura en la *Lista Indicativa* de México. Sus razones tendrán.

He sentido la magia de ese México profundo y para muchos desconocidos. Y pensé qué sucedería si México —que ya cuenta con un gran número de sitios inscritos en la Lista— pudiera incluir en el Patrimonio Mundial todos sus sitios con potencial valor universal excepcional. Sería algo inaudito.

Una más de mis tareas encomendadas por ICOMOS fue la de realizar monitoreos reac-

tivos de sitios en los cuales se detectaban ciertas amenazas, los *desk reviews* de varias nominaciones y exámenes de intervenciones propuestas en los bienes del Patrimonio Mundial o en sus zonas de amortiguamiento. Sin duda, esas encomiendas mucho enriquecieron mis experiencias y me ayudaron a conocer mi región. ¡Mucho aprendí de los monitorios reactivos en La Antigua Guatemala, la Ciudad Colonial de Santo Domingo, Panamá Viejo y el Distrito Histórico, las fortificaciones caribeñas de San Lorenzo y Portobello!

Entre las lecciones más relevantes extraídas de esas actividades, algunas relacionadas con el Caribe, no puedo dejar de mencionar la valoración del patrimonio caribeño —no siempre reconocido ni protegido totalmente frente a las voraces iniciativas de un supuesto desarrollo que ve en el Patrimonio Mundial una mina de oro—. Hace años que pienso, por ejemplo, cómo es posible que un sitio como Nueva Sevilla —excepcional lugar de encuentro de culturas bien conservado— no se haya inscrito en la *Lista del Patrimonio Mundial*. Afortunadamente se encuentra en la *Lista Indicativa* de Jamaica y esperamos que algún día se nombre e inscriba.

Gracias a ICOMOS tuve la oportunidad de ampliar mis horizontes geográficos e intelectuales al participar en una reunión de asesores y el panel celebrados en París en 2011. Allí presencié el análisis y la propuesta de inscripción del fabuloso teatro barroco de Bayreuth del siglo XVIII en Alemania y del sitio neolítico de Çatalhöyük en Turquía; entre otros más el precioso Conjunto Episcopal del núcleo histórico de Zadar junto al Mar Adriático en Croacia, lamentablemente no recomendado entonces por el panel de ICOMOS para su inscripción. Zadar era un caso de destrucción motivada por la guerra y el levantamiento de va-

rias reconstrucciones, que podría haberse considerado como excepción dadas sus razones y rigor técnico.

Parte de mis tareas en los últimos años fue la asistencia a las reuniones subregionales organizadas por el Centro del Patrimonio Mundial con vistas a los Planes de Acción relativos a la herencia cultural y natural de la humanidad. En 2014, el ICROM me designó como su representante en el encuentro celebrado en mi ciudad, La Habana, para la formulación del Plan de Acción del Caribe para el Patrimonio Mundial 2015-2019. La presencia de numerosos especialistas y autoridades de los estados del área constituía una esperanza sobre la conservación del rico acervo cultural y natural de la región.

En 2015 participé como representante de ICOMOS en la Reunión Subregional “Hacia el Plan de Acción para el Patrimonio Mundial en Sudamérica 2015-2024”, celebrada en Cusco bajo la organización del Centro del Patrimonio Mundial-UNESCO y el Ministerio de Cultura del Perú. Visitar Cusco fue un verdadero regalo. Pero después de largos viajes de ida y vuelta a La Habana y de experimentar una altura demasiado peligrosa para mí, pagué un elevado precio de salud al regreso. No obstante, valió la pena porque el encuentro fue muy enjundioso y Cusco es una indiscutible joya.

Y en 2018 asistí en Zacatecas al encuentro —dirigido por Cesar Moreno-Triana del Centro del Patrimonio Mundial— para la formulación del Plan de Acción para el Patrimonio Mundial en México y América Central (PAMAC) 2018-2023.

La Habana en 2019 fue sede del Taller “Hacia una Estrategia para la actualización y armonización de las Listas Indicativas en América Latina y el Caribe”, auspiciado

por el Centro del Patrimonio Mundial, la Dirección de Patrimonio Mundial del INAH de México y el Instituto Regional de Patrimonio Mundial de Zacatecas (Centro Categoría 2 de la UNESCO), con apoyo del Consejo Nacional de Patrimonio de Cuba. Tuve el inmenso privilegio de representar al ICCROM nuevamente. Y en los ricos debates sostenidos coincidimos con muy apreciados colegas, entre ellos Francisco Vidargas del INAH y el experto argentino Alfredo Conti.

Un aspecto digno de enfatizar en este recuento es la formación promovida por el sistema del Patrimonio Mundial. Puedo referirme a varios proyectos gestados o estimulados por el Centro de Patrimonio Mundial que han favorecido la capacitación. Por ejemplo, los Centros de Categoría 2 como el de Río de Janeiro o el de Zacatecas.

Por solicitud del Centro del Patrimonio Mundial, en 2019 trabajé junto con el consultor argentino Luis María Calvo en la evaluación del Centro Categoría 2 con sede en Zacatecas, con vistas a la prórroga del proyecto UNESCO que lo sustentaba. Esta vez todo se hizo *online* de acuerdo con los tiempos que estábamos viviendo, en medio de la terrible pandemia de Covid-19. La tarea fue posible gracias a una estrecha comunicación entre los dos consultores y nuestro siempre amable y eficiente interlocutor en el Centro del Patrimonio Mundial en París, Cesar Moreno-Triana, Francisco Javier López Morales, en ese entonces director de Patrimonio Mundial del INAH y José Francisco Román, director del Instituto Regional Patrimonio Mundial de Zacatecas (Centro Categoría 2 de la UNESCO).

Un proyecto fundamental de formación en cuya formulación participé activamente fue el Programa de Desarrollo de Capacidades del Caribe (CCBP) lanzado en 2007 por

la Oficina Regional de UNESCO en La Habana bajo la dirección de Herman van Hooff,⁷ con el auspicio del Centro del Patrimonio Mundial. La experiencia se puso en práctica con gran aceptación y buenos resultados en sitios como La Habana Vieja; en Willemstad, Curazao; en la Ciudad Colonial de Santo Domingo, República Dominicana; y en Kingston, Jamaica. Lamentablemente, por razones que desconozco, no se ha continuado. Pero, tal vez algún día pueda actualizarse.

Al tener que finalizar estas notas no puedo dejar de mencionar al Dr. Carlos Chanfón Olmos, de cuyos libros he bebido, y a los arquitectos Carlos Flores Marini, Ramón Bonfil y Javier Villalobos que tanto hicieron por ICOMOS, todos mexicanos ya desaparecidos. A otros que ya tampoco contamos entre nosotros como Salvador Díaz Berrio, autor de trascendentales publicaciones y mi profesor en el ICCROM, o el canadiense Herb Stovel, baluarte fundamental de ICOMOS e ICCROM, también autor de números manuales y escritos hoy vigentes. Un lugar muy especial en mi memoria ocupará siempre el Dr. Silvio Mutal, director del Proyecto de Patrimonio y Desarrollo para América Latina y el Caribe UNESCO-PNUD con sede en Lima y que siempre nos ayudó en las complejas tareas que debimos acometer los cubanos. Otro tanto puedo decir de ese apasionado defensor del patrimonio de Ecuador y de la América, que fue Hernán Crespo Toral, durante varios años director de la Oficina Regional de UNESCO en La Habana.

No me es posible reflejar todas mis incontables vivencias con respecto a la *Convención del Patrimonio Mundial* de 1972. Pero, finalmente, puedo asegurar que he podido

⁷ Grazia Piras, consultora italiana del WHC radicada por un tiempo en La Habana, fue un pilar fundamental de dicho programa.

constatar la absoluta dedicación y persistencia de ICOMOS e ICCROM, como órganos asesores de la UNESCO, en la implementación de dicha Convención.

Estimo que la Convención y todo el sistema de conceptos, procesos, acciones, debates, investigaciones, eventos y un largo

etc. que ha generado, constituyen lo más avanzado que le ha ocurrido a la herencia patrimonial. Se trata de un vasto conjunto de pensamientos y prácticas que conforman una enseñanza y un paradigma no sólo con respecto a los bienes de Valor Universal Excepcional, también para todo el patrimonio de las naciones.



© DPM, Santiago de Jalpan, Misiones Franciscanas de la Sierra Gorda, México.